

## **DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Isaías 9, 1-4): *Una luz les brilló.*

Salmo (26, 1.4.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 10-13.17): *Que no haya divisiones entre vosotros.*

Evangelio (Mateo 4, 12-23): *Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos.*

Este domingo, por iniciativa del papa Francisco, celebramos en toda la Iglesia el «**Domingo de la Palabra de Dios**». Se trata de una jornada “*para comprender la riqueza inagotable que proviene de este diálogo constante de Dios con su pueblo*”. La comunidad cristiana necesita revivir el gesto del resucitado que, al igual que a los discípulos de Emaús, “*abre para nosotros el tesoro de su Palabra para que podamos anunciar por todo el mundo esta riqueza inagotable*”. En definitiva, hoy es un día para celebrar, reflexionar y divulgar la Palabra de Dios.

La Biblia no es una colección de libros de historia, ni de crónicas, sino que está totalmente dirigida a la salvación integral de la persona. Dios nos habla para la vida, nos enseña a vivir hoy siguiendo los pasos de Jesús y a compartir con todos la alegría del Evangelio. El oyente de la Palabra experimenta una sensación agri dulce puesto que descubre la dulzura de quien comparte la Buena Noticia y, al mismo tiempo, vive la amargura de la incompreensión de quienes no la aceptan. Pero todos nosotros estamos invitados a descubrir la novedad constante de la Palabra de Dios y a “*nutrirnos de ella para descubrir y vivir en profundidad nuestra relación con Dios y con los hermanos*”.

«**El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz**». Dios a través de los labios de su profeta Isaías, anima a esa región del norte de Israel que se había visto humillada de muchas maneras. La región hollada por las plantas de los paganos una y mil veces en sus caravanas hacia el mar; la región sometida a las fuerzas extranjeras; la región sospechosa de contaminación a los ojos de los habitantes de la gran capital; la región cuyos habitantes caminaban en tinieblas y vivían como en sombras es ahora la destinataria de las palabras proféticas.

Con cuánta esperanza y con cuánto gozo debieron escuchar los habitantes de aquellas tierras la Palabra de Dios que les hablaba de llenarlos de gloria, de hacerles ver la luz, de engrandecerlos y colmarlos de alegría tras quebrantar los instrumentos de la opresión. Y cuánto habrían disfrutado cuando llegaron esos días iluminados por la gloria del Señor.

Mateo dirige su mirada a esa misma región. Las tierras de Zabulón y Neftalí, la Galilea de los paganos. Mucho más allá de lo que podía haber sospechado Isaías, una gran luz, una luz inmensa iluminó a los habitantes de aquellas sencillas aldeas de una zona marginal de un país marginal de una provincia marginal del orgulloso Imperio romano. Mateo está a punto de comenzar a contarnos la historia de la irrupción de la Luz de Dios en el mundo tenebroso en el que caminaban los habitantes de Galilea. Pero no se va detener allí, pues no se trata de recordar solamente una bonita historia con sabor local, un relato ejemplar o una narración costumbrista.

La historia que Mateo quiere narrar es un asunto de vida, de verdadera vida, de salvación para todos los pueblos de la tierra, porque esa luz no solo iluminó a Galilea, sino que se extendió por todo Israel y, ya en los tiempos en que escribe Mateo su evangelio, esa luz estaba iluminando a muchos otros pueblos de oriente y occidente, del norte y del sur. Una luz destinada a brillar sobre todos los pueblos de todos los tiempos.

Jesús “*se retiró a Galilea y, dejando el pueblo de Nazaret, se fue a vivir a Cafarnaún, junto al lago*”. Es más grande que Nazaret, pero a fin de cuentas no es más que otra aldea, situada en el camino que pasaba de oriente hacia el mar, lugar de cobro de peaje a los mercaderes. Era más próspera que Nazaret, pero no demasiado importante. Parece que la luz de Dios comienza a brillar en los lugares más inesperados y en los momentos menos propicios. ¿Por qué no Jerusalén? ¿Por qué no Cesarea Marítima? ¿Por qué no ponerse a predicar a los poderosos, a los intelectuales o a la élite religiosa? Sin duda, se necesita tiempo y reflexión para entender la lógica divina.

Cada domingo nos reunimos en la eucaristía en torno a Jesús resucitado. Necesitamos encontrarnos con Él y acoger su Palabra que orienta nuestra vida. Pero nuestro encuentro con Él no puede quedarse reducido a la misa dominical. Él nos habla en cada jornada, en cada situación y, también, en los acontecimientos, por eso necesitamos tener encuentros diarios con su Palabra, ya sea en la soledad de nuestra habitación o en la comunidad cristiana. La escucha diaria de la Palabra de Dios hace que nuestro corazón no quede frío y nuestros ojos estén abiertos a su voluntad.

Jesús muy pronto fue llamando a otras personas a que lo siguieran. No fue un predicador solitario: Simón y Andrés, Santiago y Juan, y luego otros más serían llamados para colaborar en la irradiación de la gran Luz de Dios. Como Juan el Bautista, tampoco ellos eran la luz, sino mensajeros de la luz.

En el evangelio hemos escuchado la llamada de Jesús a sus primeros seguidores. Como un auténtico artesano va moldeando el grupo inicial que le acompañará siempre. No es una convocatoria masiva sino un «**tú a tú**». Es el comienzo de un aprendizaje que llevará mucho tiempo. Jesús quiere que los suyos (¡y nosotros!) conozcan al Padre Dios. Su grupo está formado por unas pocas personas sencillas y bastante diversas. Es el origen de la Iglesia, la gran familia que Dios nos ha regalado. Hoy, Él también te llama a ti. ¿Le vas a responder?